

CONOCER

N.º 50

Marzo de 2014

Sumario

- **Presentación**
- **Actualidad**
 - El general Prim no murió estrangulado
 - Nace Click Ediciones, sello digital del Grupo Planeta
 - Escalofríos relatos *on line* desde las trincheras
 - Adios al actor Philip Seymour Hoffman
- **En portada**
 - Justicia ambiental: *Spain*, para esto, también *is different*
- **Entrevista**
 - Ángel Gabilondo o la búsqueda impenitente
- **Historias de la I Guerra Mundial**
 - Escritores en el frente: luchar para contarlo
- **Nuestro mundo**
 - ¿Tenemos una 'Maripili' o un 'Manolo' dentro?
 - Lenguas que enmudecen
- **Libros**
- **Maestros del celuloide**
 - John Ford: la fuerza de la mirada
- **Efemérides**

Presentación

Tres y cuarto de la tarde del 13 de noviembre de 2002: Apostolos Mangouras, capitán del “Prestige”, lanza un *mayday* de auxilio a 28 millas del cabo Finisterre. El petrolero tenía una fisura en uno de sus tanques. Seis días después, Galicia se teñía de luto.

Más de una década después, a finales de 2013, la Audiencia Provincial de A Coruña saldó el caso con una única condena de nueve meses de prisión. ¿Actúan los tribunales españoles con justicia ante los grandes desastres ambientales? CONOCER trata de responder a esta pregunta.

En el número 50 de CONOCER entrevistamos también al ex ministro de Educación Ángel Gabilondo, que acaba de publicar *El salto del ángel*, y analizamos algunos de los trastornos psiquiátricos acuñados en los últimos tiempos, como los síndromes de Maripili y Manolo o los complejos de Electra y Napoleón.

Los escritores que vivieron en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, el cineasta John Ford y las más de 2.500 lenguas que se encuentran en peligro de extinción son otros de los protagonistas de este número.

Actualidad

El general Prim no murió estrangulado

El estudio forense de la momia del general Juan Prim ha revelado que el político y militar del siglo XIX no murió estrangulado, sino como consecuencia de la infección de las heridas que sufrió en el atentado de 1870.

La investigación, desarrollada por la Universidad Complutense de Madrid y la de Alcalá de Henares, se puso en marcha para acallar “los infundios” que publicó la Comisión Prim del Departamento de Criminología de la Universidad Camilo José Cela, que aseguraba que el político catalán murió estrangulado poco después del atentado.

Las causas de la muerte del general constituían, hasta ahora, uno de los mayores misterios criminológicos de la historia de España. Prim, que fue presidente del Consejo de Ministros, sufrió un atentado el 27 de diciembre de 1870 tras salir del edificio del Congreso de los Diputados. Tres encapuchados tirotearon el carruaje donde se encontraba el político, que resultó herido en la mano y en el hombro izquierdo.

Tras la exploración externa del cuerpo, que se conserva en Reus (Tarragona), los investigadores no apreciaron “ningún elemento que lleve a sostener que hubo violencia externa alrededor de su muerte”. El estrangulamiento, por lo tanto, queda descartado.

Nace *Click Ediciones*, sello digital del Grupo Planeta

El Grupo Planeta ha anunciado el lanzamiento de *Click Ediciones*, nuevo sello editorial con el que tiene previsto publicar tres obras inéditas al mes, exclusivamente en formato digital.

Planeta asegura que *Click Ediciones*, “un sello fresco y sencillo”, nace con vocación generalista y que “dará voz a todo tipo de autores y obras”, tanto de ficción como de no ficción.

Estará dirigido por la editora Adelaida Herrera y tratará de adaptarse “a las tendencias y necesidades del lector”. Su objetivo: “Convertirse en un referente en el mercado digital”.

Las obras de esta nueva editorial se podrán leer en cualquier dispositivo y estarán disponibles en cualquier plataforma de venta digital. Sus precios, según Planeta, serán “muy competitivos”.

Los tres primeros títulos que ha lanzado al mercado son *El apeadero del muerto*, de Pablo R. Nogueras; *El productor de sueños*, de Marino José Pérez Meler, y *La dama de armiño*, de Antonio Cavanillas.

Escalofriantes relatos *on line* desde las trincheras

Los Archivos Nacionales británicos han *colgado* en Internet 300.000 páginas con escalofriantes relatos de soldados de la Primera Guerra Mundial, para conmemorar el centenario de este conflicto. Pero no se trata de simples cartas de los reclutas a sus familias: son los relatos de los oficiales en el campo de batalla, los diarios de guerra del frente occidental.

En sí mismos, estos relatos no son ninguna primicia. De hecho, estaban a disposición del público desde hace más de 50 años en el *Imperial War Museum* de Londres. La novedad estriba en que, ahora, 300.000 de estas páginas, repletas de testimonios, se pueden consultar desde cualquier punto del planeta.

Con la ayuda de 25 voluntarios, los Archivos Nacionales han escaneado y *subido* a Internet esos testimonios. Seguirán haciéndolo hasta final de año, para cuando esperan haber digitalizado este fondo documental en su totalidad: 1,5 millones de páginas.

Esta primera tirada digital cubre desde los primeros días de la guerra hasta junio de 1919. Pero no todo es muerte, sangre y barro; también da cuenta de encuentros deportivos o de cenas de despedida en las trincheras.

Ahora, los Archivos Nacionales buscan voluntarios dispuestos a leer esos cientos de miles de páginas e introducir las etiquetas que permitirán realizar búsquedas precisas a millones de personas de todo el mundo.

Adiós al actor Philip Seymour Hoffman

El actor estadounidense Philip Seymour Hoffman fue hallado muerto el pasado 2 de febrero en su apartamento del barrio neoyorquino de Greenwich Village, en Manhattan. Tenía 46 años.

Hoffman fue encontrado sin vida en el baño de su apartamento, con una jeringuilla en el brazo y restos de heroína, por lo que podría haber muerto a causa de una sobredosis.

En varias ocasiones, el popular actor admitió haber tenido problemas con las drogas en el pasado. Volvió a recaer en 2013, llegando a ingresar durante diez días en una clínica de desintoxicación.

Ganador del Oscar por *Capote* y candidato tres veces más con *La guerra de Charlie Wilson*, *La duda* y *The master*, este secundario de lujo optó también dos veces a los premios Tony -las estatuillas a lo mejor del teatro estadounidense- y a los Emmy, los galardones más importantes del mundo de la televisión.

En portada

Justicia ambiental: *Spain*, para esto, también *is different*

Por Leonor Lozano

A las tres y cuarto de la tarde del 13 de noviembre de 2002, el capitán del “Prestige” lanzaba un *mayday* de auxilio a 28 millas del cabo Finisterre. El petrolero, un monocasco griego cargado con 77.000 toneladas de fuel, tenía una fisura en uno de sus tanques. Seis días después, la costa gallega se vestía de luto. La pesadilla del “Prestige” generó una movilización social sin precedentes, pero la Justicia no ha sabido estar a la altura. ¿Qué más tiene que pasar en España para que un desastre ecológico se salde con una sentencia justa?

Tras el SOS del buque -que, por cierto, había pasado su última revisión hacía seis meses-, el Gobierno decidió alejarlo de la costa. Organizaciones como *Greenpeace* pidieron llevarlo a puerto. Cuando, el 19 de noviembre, el barco se partió en dos, se encontraba a 260 kilómetros de las islas Cíes: había recorrido más de 400 kilómetros en seis días.

La marea negra del “Prestige” afectó a 2.500 kilómetros de costa del norte español y oeste francés. Los daños causados superaron los 4.300 millones de euros.

“Marcó un antes y un después en la percepción que la sociedad tenía sobre los impactos del petróleo en los ecosistemas, en la vida cotidiana, en la economía y en el estado de ánimo colectivo”, recuerda *Greenpeace* en su informe *Otro Prestige es posible*.

Sin culpables

La ciudadanía superó entonces la capacidad de reacción del Gobierno y, más de una década después, parece haber rebasado también la respuesta de la Justicia.

Las organizaciones que trabajan en la defensa del medio ambiente coinciden: la Audiencia Provincial de A Coruña, que hizo pública la sentencia del “Prestige” el pasado noviembre, no ha sabido estar a la altura.

A falta de una sentencia definitiva, el desastre se salda con una única condena: la del capitán del petrolero, Apostolos Mangouras, a nueve meses de prisión por desobediencia, por desoír las órdenes de las autoridades españolas a la hora de facilitar el remolque del barco. Queda absuelto del delito de daños contra el medio ambiente, al igual que el jefe de máquinas, Nikolaos Argyropoulos, y el ex director general de Marina Mercante, José Luis López-Sors -que dio la orden de alejar el buque-. Por supuesto, tampoco se piden responsabilidades al Estado.

En resumen: solo la ciudadanía española hará frente al inmenso coste ambiental y económico de esta marea negra.

“Contamina, que no pasa nada”

Para Mario Rodríguez, director ejecutivo de *Greenpeace* en España, la sentencia del caso “Prestige” es “escandalosa”. “Si no hay responsables ante una marea negra que llena de chapapote más de 2.500 kilómetros de costa y la actitud errática que mostró el Gobierno, ¿qué más tiene que pasar en este país para que un desastre ecológico sienta en el banquillo a sus responsables y haya una sentencia justa? Estamos hablando de la mayor catástrofe ambiental de nuestra historia”, se pregunta Rodríguez.

“Lamentablemente, *Spain is different* también para tipificar el delito ecológico y buscar responsables ante las grandes catástrofes”, añade el director de *Greenpeace*.

Otras jurisdicciones resolvieron de forma distinta juicios por siniestros análogos: Exxon, propietaria del petrolero “Exxon Valdez”, tuvo que pagar 5.000 millones de dólares por derramar 37.000 toneladas de hidrocarburos en la bahía Príncipe Guillermo, en Alaska, hace ya 25 años. Y, en 2010, la Justicia francesa impuso una multa de 200 millones de euros a la petrolera franco-belga Total y a otras sociedades por el desastre medioambiental del “Erika”, hundido frente a las costas de Bretaña en 1999.

Otro ejemplo es el de la petrolera British Petroleum, que aceptó pagar al Gobierno de Estados Unidos una multa de 4.500 millones de dólares tras provocar un vertido de crudo en el Golfo de México, evitando una sentencia judicial que, probablemente, le habría impuesto el pago de indemnizaciones mucho mayores.

“España no está ni dentro de los estándares europeos ni, mucho menos, de los de otros sitios. Ya nos habría gustado que la sentencia del ‘Prestige’ se hubiera parecido a la del ‘Exxon Valdez’ o a la del ‘Erika’. El ‘Prestige’ evidencia que aquí impera el principio de: ‘contamina, que no va a pasar nada, ya lo pagarán los españoles de su bolsillo’, lamenta Rodríguez.

Aida Mosquera, técnico de Proyectos de la Fundación Lonxanet, tampoco está muy conforme con la sentencia. “Cuando vas en coche por la carretera y tiras una colilla, te quitan puntos del carné y pagas una multa. Ahora bien, si derramas en el mar más de 77.000 toneladas de petróleo, no pasa nada”.

La Fundación Lonxanet trabaja en Galicia con pescadores artesanos, “los mismos que recogieron chapapote con sus manos y que, ahora, ven que el caso se cierra sin culpables”.

Además de denunciar la “ineficiencia legal que existe en España ante la protección del mar”, Mosquera lamenta que, “si la Justicia es lenta, en los casos de medio ambiente lo es aún más”. “Es incomprensible”, añade.

Ley de Responsabilidad Medioambiental

España aprobó en el año 2007 la ley de *Responsabilidad Medioambiental*, inspirada en el principio de que “quien contamina, repara”. El Ministerio de Medio Ambiente, dirigido entonces por Cristina Narbona, quería asegurar que las empresas que causen daños al entorno devolvieran los recursos naturales dañados a su estado natural, sufragando el total de los costes. “Desgraciadamente, los vertidos al mar, las mareas negras y la contaminación atmosférica no están bajo la cobertura de esta ley”, lamenta Mario Rodríguez.

El Ejecutivo de Mariano Rajoy ha iniciado ya los trámites para modificar esta normativa. ¿Con qué fin? “Para establecer un sistema voluntario de control y prevención de daños y que no haga falta contar con una garantía financiera que asegure que las empresas disponen de los recursos económicos necesarios para cubrir la responsabilidad ambiental en que puedan incurrir”, prosigue Mario.

“¿Esto qué significa? Pues que el principio de que ‘quien contamina, paga’ se queda en papel mojado. Ninguna empresa en situación de crisis va a gastarse un euro en un seguro cuando el Gobierno dice que es voluntario”, añade.

Desgraciadamente, el “Prestige” no es un caso aislado. El Parque Nacional de Doñana, por ejemplo, tampoco es ajeno a la situación de indefensión de nuestros mares. Según WWF, las autoridades españolas solo han puesto en marcha dos de las 18 recomendaciones que hace tres años lanzó la Unesco para asegurar el futuro de nuestro humedal más emblemático.

La nueva Ley de Parques Nacionales, actualmente en trámite, tampoco gusta a los ecologistas. SEO/BirdLife, WWF y Ecologistas en Acción temen que el nuevo texto abra la puerta a la edificación y realización de actividades comerciales antes prohibidas en estos espacios.

¿Lección aprendida?

Para Rita Rodríguez, directora del Departamento Legal de WWF, “la legislación española para la protección del medio ambiente es muy intensa”, ya que “está incorporada a la Unión Europea y a convenios internacionales de alto nivel, como los de Naciones Unidas”.

¿Dónde radica el problema, entonces? “En lograr que esa legislación se aplique”. WWF no recuerda ningún caso.

Después de todo, ¿hemos aprendido la lección? En el comunicado que emitió tras conocer la sentencia del “Prestige”, el secretario general de WWF España, Juan Carlos del Olmo, no se mostró muy optimista: “Si se produjera un incidente de similares características, seguirían sin existir protocolos adecuados para gestionar adecuadamente la crisis”. Crucemos los dedos.

Entrevista

Ángel Gabilondo o la búsqueda impenitente

Por Esther Peñas

La portada del último libro de Ángel Gabilondo (San Sebastián, 1949) condensa no solo el contenido que antecede, como pórtico visual, sino también el dietario intelectual de quien lo firma. La actitud del hombre, el acicate del escritor. La portada es una recreación de *Il Tufattore*, esa imagen que apareció en una tumba griega, datada alrededor del 480 antes de Cristo, y que representa a un nadador que se zambulle.

Como símbolo, *Il Tufattore* representa la búsqueda de la verdad, el camino en la libertad de pensamiento. Recuerda a aquel nadador que interpretase Buró Lancaster en la película de Frank Perry, que decide ir de piscina en piscina y no parar hasta la extenuación. *Il Tufattore*.

El propio autor, que fuera ministro de Educación entre 2009 y 2011, nos explica el motivo, nada azaroso, de la imagen de la portada: “La vida siempre es una travesía, la mayor parte de las veces, una travesía peligrosa, y el riesgo es uno de sus atractivos: siempre estamos arrojados más allá del mundo que ya vivimos, salvo que uno se rinda y se resigne, pero la vida no es resignación, sino lucha y búsqueda. Por tanto, de alguna manera, siempre estamos nadando, uno nada en una permanente búsqueda”.

El título, *El salto del ángel*, editado por Aguilar, vuelve a hacer un guiño a *Il Tufattore*, pero toma el nombre del blog personal de quien desempeñase el cargo de Rector de la Universidad Autónoma de Madrid, hermano del periodista Iñaki Gabilondo.

Hay pocos asuntos importantes que no se aborden en las más de 700 páginas que tiene el libro, distribuidas en breves cavilaciones. Una de las cuestiones más recurrentes es la del enfundarse en el lugar ajeno, en la piel del otro, quebrando la linde entre el constante “yo” para fundirlo en un más amable “nosotros”.

“El nosotros, que algunos han llamado la cuarta persona del singular, tiene que tener un ‘otros’ dentro, porque cuando el ‘nosotros’ olvida que alberga un ‘otros’ en su interior anula las singularidades, y se convierte en un ‘nosotros’ que silencia y aplaca aquello que nos es más peculiar. Ser singular es importante, es tener palabra propia, pero solo se es singular en el seno de lo común; fuera de lo común no eres diferente, sino indiferente”, nos explica Gabilondo.

La inclusión de los otros, desde luego, es casi un proyecto de vida para el catedrático, y sabe, y así lo hace explícito en muchos momentos del libro, que el gran reto de las sociedades (no uno de los grandes retos, sino el reto) es la asunción del otro.

Pero, como él mismo expone, “no solo el otro como yo sino el otro que yo. Te haces mayor el día que descubres que los otros también desean, quieren, lloran, sufren... Parece una perogrullada, pero hay gente que se muere sin ver esto, gente que piensa que son los únicos a los que les pasan las cosas. Descubrir al otro es importantísimo, marca la relación entre *hostis* y *hospis*, entre hostilidad y hospitalidad. Y hay que apreciar al otro no a pesar de que sea otro, sino precisamente porque es otro, y no querer anularlo. No hay futuro social, ni de país, ni como Europa, sin incorporar al otro en su diferencia”.

La duda, el estupor, la intuición

Gabilondo es el quinto de nueve hermanos. Su padre fue el carnicero del barrio donde residía la familia. Se ordenó como fraile en la Congregación del Sagrado Corazón, hasta que una crisis espiritual le hizo colgar el hábito. Posteriormente se casó, y tuvo dos hijos. Entre medias, fue profesor de Metafísica, Hermenéutica y Teorías de la Retórica y de Pensamiento francés contemporáneo; en 2001 obtuvo el título más alto en la Facultad de Letras, Catedrático en Metafísica.

La búsqueda (o el amor) al saber emerge, sin doctrinas, sin directrices, sin consignas en *El salto del ángel*. Pero esa búsqueda, en términos agustinianos “el asombro de una existencia”, gravita sobre tres alientos: la duda, el estupor y la intuición.

Gabilondo los acepta y los detalla. “La duda es importantísima, la gente que no duda es peligrosa, la que solo duda, también; la historia está en cómo hacer de la duda una duda metódica, como diría Descartes, que sea un modo de proceder, que no sea un lugar de residencia sino de paso. La duda es importante, siempre hay que cuestionar y replantearse las cosas, pero no es metodológica”.

En cuanto al estupor, Gabilondo asegura que “es el origen de la misma Filosofía, del pensamiento; ese asombro y la percepción de que el asombro es la maravilla. El estupor, el asombro, es una escisión, una quiebra, algo que no acaba de coincidir, como si nunca nos tuviéramos a nosotros mismos, como si siempre viviéramos en una fractura y quiebra constitutiva. De ahí que hay que hacer de eso algo fecundo, creador, no echarse a llorar y salir corriendo, sino asumir tu propia quiebra y convertir eso en la maravilla del devenir”.

Por último, la intuición, ese otro método de conocimiento tan querido por Platón. Para el expolítico, “la intuición indica ver el aspecto de las cosas; la intuición reduce las cosas a la pinta, en términos griegos al tipo; la pinta de algo... como cuando vemos a alguien de lejos y lo reconocemos por sus andares, sus formas, su pinta. Es buena esta premeditación, esta presunción, que crea condiciones para ver. Hay que tenerla, o es bueno tener intuición, pero hay que construir algo con ella, algo superior. Me gusta mucho la gente con intuición, pero me molesta la gente que solo tiene intuición. Con esa intuición hay que labrar algo, del mismo modo que hacen los artistas. *Conceptum* y *concretum* tienen la misma raíz. Concebir es concretar, pensar es concretar”.

El pacto educativo y la palabra

La educación, en sus múltiples y variopintas facetas, es otro *leit motiv* de *El salto del ángel*. Gabilondo estuvo a punto de conseguirlo, de lograr un gran pacto de Estado de Educación, de manera que los dos grandes partidos políticos no tuvieran, cada vez llegados al poder, que dar al traste con el modelo educativo vigente, elaborado por *el otro*. Más cerca que nunca, pero ni por esas.

Para encarar el asunto, Gabilondo hace una aclaración previa. “En mi casa he aprendido que la vida es lucha, austeridad, exigencia, comunicación, comunidad; esos valores que reconocen la resignación (otra cosa es la asunción de las cosas que ocurren). Mis padres me han enseñado que luchar es querer ganar y saber perder. Hablando ya del proyecto educativo, es tan importante como para que sigamos buscando el consenso, porque la estabilidad normativa es decisiva, al igual que la implicación de la comunidad educativa y la de todos los territorios... La educación y la cultura combaten la ignorancia y la miseria del mundo. Amo a este país, y mantengo vivo el sueño de que lleguemos a espacios de acuerdo en educación, no quiero renunciar a él”.

Por último, reparamos en el núcleo de todo el libro, la palabra, y nos interesamos por aquella que podría definir a Ángel Gabilondo. Demora su respuesta, y finalmente concluye con esta hermosísima deliberación: “Te diría que la palabra ‘gracias’. Las gracias que uno tiene son las que uno da, cuando por ser un agradecido es un agraciado, porque hay cosas que solo se tienen si se dan, como el amor, o las gracias. Pero también te diría que ‘salud’. La salud no es solo la ausencia de enfermedades, sino la salud social, vivir de una manera armoniosa, gozosa, justa. Como la última palabra de *El Quijote*. Vale. La salud tiene que ver con el saludo. Vale no significa ‘cállate ya’, es una expresión que aparece en las cartas grecolatinas y alude al deseo de que estés a la altura de tu propio valer, que seas valiente, que tu valentía y tu valía coincidan. Vale es una llamada a vivir, a arriesgar valerosamente para estar a la altura de lo que significa lo que vales. Este libro es una apelación a mí mismo, no es un manual de instrucciones a los demás, en absoluto, sino que escribo esto también para ver si puedo llegar a ser quien aún no soy”.

Historias de la I Guerra Mundial

Escritores en el frente: luchar para contarlo

Por Javier Cuenca

Fueron, vieron y lo contaron. Muchos escritores tuvieron la tentación de acudir a la primera línea de batalla para poder relatar posteriormente sus experiencias en la Primera Guerra Mundial o simplemente porque el ánimo les pedía hacerlo. Quizá en ese momento no sabían que lo vivido en las trincheras les daría material de sobra para crear futuras historias, pero así fue. Y gracias a ellos, disponemos hoy de testimonios fidedignos y contundentes de lo que aquel sangriento conflicto supuso para el mundo y de cómo lo vivieron en carne propia los soldados que allí combatieron.

El conductor de ambulancias

“Escribe sobre lo que conoces”. El norteamericano Ernest Hemingway siempre fue fiel a esta premisa, que mantuvo como una profesión de fe en toda su obra literaria. A principios de 1918, con 19 años, el autor de *El viejo y el mar* respondió a una campaña de reclutamiento de la Cruz Roja en Kansas City y firmó un contrato para convertirse en conductor de ambulancias en Italia.

Abandonó Nueva York en mayo y llegó a París en el momento en que la capital francesa estaba siendo bombardeada por la artillería alemana. Un mes más tarde estaba en el frente italiano. Durante su primera jornada en Milán, ciudad en la que debía desempeñar su trabajo como conductor de ambulancias, tuvo que acudir al lugar de la explosión de una fábrica de municiones, donde fue espectador de la recuperación de los restos triturados de las obreras. Esta tragedia quedaría plasmada en su libro *Muerte en la tarde*: “Me acuerdo de que, después de haber buscado los cuerpos completos, se recogieron los pedazos”.

El 8 de julio Hemingway resultó herido de gravedad por una descarga de fuego de mortero cuando acababa de regresar de la cantina para traer chocolate y cigarrillos a los soldados que luchaban en el frente. A pesar de sus lesiones, logró rescatar a un soldado italiano, lo que le hizo merecedor de la *Medalla de Plata al Valor Militar* del Gobierno de Italia.

Sobre este penoso episodio, el escritor diría: “Cuando uno es joven y se va a la guerra, tiene una gran ilusión de inmortalidad. Son las otras personas las que mueren, no tú. Pero al estar gravemente herido por primera vez, uno pierde esta ilusión y sabe que le puede pasar también a él”.

Hemingway sufrió importantes heridas de metralla en ambas piernas, por las que tuvo que ser intervenido, y pasó cinco días en un hospital de campaña antes de ser trasladado al centro sanitario de la Cruz Roja en Milán para su recuperación. Mientras se restablecía, conoció a Agnes von Kurowsky, una

enfermera de la Cruz Roja, siete años mayor que él, de la que se enamoró. Ambos habían decidido casarse en Estados Unidos cuando él abandonase el hospital y regresara allí, pero dos meses después de que el escritor lo hubiese hecho, Agnes le escribió una carta en la que le confesaba que se había comprometido con un oficial italiano. Y así, en decepción amorosa, culminaba el breve paso de Hemingway por la Gran Guerra.

La obra que mejor refleja las experiencias del autor norteamericano en la Primera Guerra Mundial es *Adiós a las armas*, donde da cuenta de su historia de amor con la enfermera Agnes, reconvertida aquí en Catherine Barkley. Hemingway cambió el final de la historia real por uno todavía mucho más dramático.

Idealismo y desencanto

El escritor alemán Erich Maria Remarque tenía 18 años cuando marchó al frente, animado por un sentimiento guerrero y de orgullo patrio que iría dejando paso al desencanto ante los horrores de los que fue testigo. Remarque fue herido en varias ocasiones y tuvo que asistir a la muerte en el campo de batalla o en el hospital de la mayoría de sus compañeros de colegio y de campaña.

Aunque terminó la guerra con un expediente inmaculado como combatiente, lo visto en el transcurso de la misma dejaría una marca indeleble en su espíritu, la sensación de lo inútil de tan tremenda carnicería. Esa huella de intensa amargura fue la que lo llevó a escribir su obra maestra, *Sin novedad en el frente*, novela de gran dureza en la que relata, en primera persona y sin concesiones, su estadía como soldado en el campo de batalla. En esa obra descarnada y árida podemos ver a través de los ojos de un soldado alemán, el propio Remarque, los efectos devastadores del conflicto y el asombro que produce en sus participantes lo que sienten y ven a su alrededor.

Un caso algo diferente es el del oficial alemán Ernst Jünger, uno de los primeros en alistarse cuando estalló la guerra y que emergió de ella condecorado con la "Blauer Max" al mérito militar. Su experiencia la narraría con pelos y señales en su libro *Tempestades de acero*, en el que realiza un elogio de la guerra en cuanto experiencia interior. En cualquier caso, la obra, escrita en primera persona, es un retrato sin tapujos del conflicto bélico, en el que es tremendamente fácil percibir la dureza del campo de batalla y la sequedad de las armas. Jünger se limita a narrar lo que vive el protagonista y cómo se desenvuelve en la guerra para aniquilar al enemigo y salvar el pellejo.

El británico Robert Graves se alistó en los Reales Fusileros Galeses cuando estalló el conflicto, y los horrores que presenció en el campo de batalla le marcarían profundamente. Durante la batalla del Somme, que tuvo lugar en 1916, recibió heridas de tal gravedad que su familia fue informada de que había muerto. Sin embargo, logró recuperarse, aunque le quedaron secuelas en los pulmones, y pasó el resto de la guerra en Inglaterra, tratando en vano de reincorporarse al frente.

En 1917, Graves contribuyó decisivamente a salvar a su amigo, el también poeta Siegfried Sassoon, perteneciente a su regimiento, de la acusación de

desertor de un tribunal marcial después de haberse ausentado sin permiso y dirigido a su comandante un escrito denunciando la guerra. Un suceso que serviría de base a la novela *Regeneration*, de Pat Barker. En 1929, el autor de la posterior *Yo, Claudio* publicó *Adiós a todo eso*, donde narra sus brutales experiencias en las trincheras.

Aunque su novela *Viaje al fin de la noche* abarca territorios más amplios que los de la guerra, el francés Louis Ferdinand Céline nos ofrece unas certeras pinceladas de ella en sus primeras páginas, sobre todo desde el punto de vista humano y de lo que supone en quienes la sienten y viven en primera persona.

Céline se alistó a los 18 años en una unidad de caballería, y resultó gravemente herido en la ciudad belga de Yprés. Este incidente le produjo lesiones en un brazo, zumbidos en el oído y dolores de cabeza que le perseguirían toda la vida. En cualquier caso, el autor de *Viaje al fin de la noche* fue condecorado con la “Médaille Militaire” porque se había presentado como voluntario para la misión en la que resultó herido.

En la mencionada obra, el protagonista se enrola en el ejército en un momento de irreflexión para desertar posteriormente haciéndose pasar por loco ante la repugnancia que siente en las trincheras. En un momento del libro, Ferdinand Bardamu, trasunto del propio escritor, se expresa en estos términos sobre su experiencia en la Gran Guerra: “Os lo digo, infelices, jodidos de la vida, vencidos, desollados, siempre empapados de sudor, os lo advierto: cuando los grandes de este mundo empiezan a amaros es porque van a convertirnos en carne de cañón”.

Otros escritores que también estuvieron en la Primera Guerra Mundial y dejaron testimonio de ello en sus novelas fueron el norteamericano John Dos Passos, que se alistó como voluntario en las ambulancias militares de Italia, como el mentado Hemingway, con quien coincidió y mantuvo a partir de entonces una larga amistad. En su novela *Tres soldados*, Dos Passos narra con gran verismo las vicisitudes de un grupo de reclutas norteamericanos en Francia.

El italiano Giani Stuparich se enroló también como voluntario con su hermano y, en 1915, durante los dos primeros meses, tomó nota de todos los pormenores de su participación en las batallas del Isonzo, cerca de su Trieste natal. Esos apuntes, apenas sin retocar, darían como resultado el libro *Guerra del 15*, publicado 16 años después.

El estadounidense William March se alistó en el Cuerpo de Marines y participó en importantes batallas de la Gran Guerra en territorio francés. *Compañía K*, publicada en 1933, pretende ser un homenaje a los soldados con los que combatió, abordando de manera directa y realista el testimonio de unos militares normales y corrientes. Finalmente, el germano Edlef Köppen reconstruye minuciosamente en *Parte de guerra*, aparecida en 1930 y prohibida posteriormente por los nazis, los duros años que pasó en el ejército como artillero.

La guerra en pantalla grande

Como a otros muchos acontecimientos de la historia de la humanidad, el séptimo arte no ha permanecido ajeno a lo ocurrido en la Primera Guerra Mundial, y si bien las películas basadas en esta contienda han sido menos abundantes que las inspiradas en el conflicto bélico posterior que sacudió al mundo, hay ejemplos interesantes que no conviene pasar por alto. Así lo afirma el abogado Emilio González Romero, autor de un libro sobre el cine en la Gran Guerra publicado en 2013. “Ha habido películas magníficas que retratan lo que fue aquella barbarie y películas de exaltación patria, pero sí que es cierto que el sesgo propagandístico ha sido mucho menor que en el caso de la Segunda Guerra Mundial”, explica Romero a CONOCER.

Para este letrado metido a escritor, estas son las cinco películas imprescindibles sobre la Primera Guerra Mundial:

- *Senderos de gloria* (1957): Dirigida por Stanley Kubrick y protagonizada por Kirk Douglas, constituye uno de los más lúcidos alegatos antibelicistas de la historia del cine. En la Francia de 1916, un general ordena la conquista de una inexpugnable posición alemana, que resulta un infierno, por lo que el regimiento emprende la retirada hacia las trincheras. Irritado por la derrota, el alto mando militar decide imponer al regimiento un terrible castigo que sirva de ejemplo a los demás soldados.
- *La gran ilusión* (1937): Jean Renoir dirige esta obra maestra sobre las relaciones humanas y la camaradería entre unos prisioneros franceses en un campo de concentración alemán. Su intención es escapar a través de un túnel que han empezado a excavar.
- *Hombres contra la guerra* (1970): Se trata de un drama antibélico dirigido por Francesco Rosi ambientado en la frontera italo-austriaca. Las tropas italianas sufren una estrepitosa derrota al atacar posiciones austriacas, que tiene como consecuencia un motín.
- *Capitán Conan* (1996): La noticia del armisticio firmado en París en 1918 y que pone fin a la Gran Guerra no llega al frente, donde una facción del ejército francés sigue actuando a las órdenes del expeditivo capitán Conan. Dirige el gallo Bertrand Tavernier.
- *Sin novedad en el frente* (1930): Basada en la novela homónima de Erich Maria Remarque y dirigida por Lewis Milestone, plasma los sentimientos, sensaciones y desilusiones de un grupo de jóvenes estudiantes que son enviados al frente. La película conoció un *remake* televisivo a finales de los 70.

Nuestro mundo

¿Tenemos una ‘Maripili’ o un ‘Manolo’ dentro?

Por Ignacio Santa María

El síndrome de Maripili, de Manolo, de Eva, del Padrino o de Estocolmo; Complejos como el de Edipo, el de Electra o el de Napoleón. A menudo escuchamos hablar sobre estos trastornos, aparecen habitualmente en los medios de comunicación, decenas de libros se ocupan de descifrarlos y ofrecen consejos para evitarlos, pero ¿sabemos realmente en qué consisten? Lo cierto es que son más frecuentes de lo que creemos y muchos de ellos tienen como denominador común una baja autoestima.

“Una mujer que quiere agradar a todo el mundo, que lucha para ser buena en cada uno de los papeles que le ha tocado ejercer en la vida, aunque esto implique un desgaste extremo tanto físico como psíquico, y que se desmorona cuando recibe un mensaje de rechazo o censura”, estos son los rasgos del síndrome de Maripili, según Carmen García Ribas, directora del Congreso Internacional de Liderazgo Femenino, una cita que lleva celebrándose cada año en Barcelona desde 2009.

El síndrome de Maripili es solo uno de los muchos trastornos típicos en sociedades desarrolladas y no solo afecta a mujeres, ya que tiene su vertiente masculina en el conocido como síndrome de ‘Manolo’ o del ‘Padrino’. El psiquiatra José Miguel Gaona explica para CONOCER el tipo de comportamiento que se deriva de este síndrome: “Intentan agradar siempre, tratan de hacer regalos, prestan dinero aún a sabiendas de que no se lo van a devolver, pero no es por un afán generoso, sino porque les da vergüenza y que se sienten incómodos si dicen que no”.

¿Qué es lo que subyace en aquellos que tienen este comportamiento? Gaona lo tiene claro: “Son personas de baja autoestima que tratan de ganarse el aprecio ajeno a través de sus acciones y no por lo que ellos valen. Siempre están tratando de agradar porque ellos no se agradan a sí mismos. Al no agradarse, intentan ser valorados a través del aprecio ajeno”.

Son muchos los síndromes que se han acuñado en los últimos tiempos y que tienen como denominador común una baja autoestima. El mismo José Miguel Gaona instituyó hace algunos años el ‘síndrome de Eva’. Éste, que sí es exclusivo de las mujeres, toma su nombre del famoso pasaje de la Biblia, según el cual la mujer surgió de la costilla Adán y se presenta en mujeres que sienten que siempre van después que el hombre, como si fueran ciudadanos de segunda clase. “No lo puedo hacer mejor, siempre fracasaré. No sé por qué me trata tan mal pero dependo de él”, estos serían pensamientos típicos de una mujer con síndrome de Eva.

Como en el de Maripili, aquí también subyace un problema de baja autoestima. “Es muy fácil abusar de alguien que tiene esta estructura psicológica”, subraya Gaona, refiriéndose tanto al síndrome de Eva como al de Maripili. Por ello - prosigue este psiquiatra- “es esencial construir la autoestima desde la infancia, ya que es una de las mejores vacunas para evitar situaciones de malos tratos, para no depender emocionalmente de una tercera persona y ser felices y autónomos para salir adelante. El signo de una buena autoestima es tener la sensación de ser capaz”, dice Gaona.

Estocolmo, 1973

La dependencia emocional de alguien que no nos hace bien seguramente tiene su máxima expresión en el llamado síndrome de Estocolmo. Los orígenes de este síndrome se remontan al 23 de agosto de 1973, cuando un delincuente llamado Jan Enrik Olsson asaltó en la capital sueca una sucursal bancaria y tomó cuatro rehenes: tres mujeres y un hombre. Aunque les amenazó de muerte y les colocó sogas alrededor del cuello, los rehenes acabaron protegiendo al raptor frente a los policías e hicieron declaraciones explícitas de apoyo al secuestrador a los periodistas que los entrevistaron tras su liberación. Los psiquiatras estudiaron con atención este fenómeno. Había nacido el síndrome de Estocolmo.

La más famosa víctima del síndrome de Estocolmo es probablemente la norteamericana Patricia Hearst, nieta del magnate William Randolph Hearst, quien en 1974 fue secuestrada por los terroristas del *Ejército Simbiótico de Liberación*. Dos meses después de su liberación, Patricia se unió como un miembro más a este grupo criminal y les ayudó a perpetrar un asalto a un banco.

Según Gaona, en el síndrome de Estocolmo se pierde la perspectiva global de lo que está sucediendo: “Si nos encontramos en peligro, tendemos a asociarnos a aquella persona que podría preservarnos de ese peligro. De manera inmediata, esa persona es el secuestrador porque es de quien depende nuestra vida, pero viéndolo de manera global, es nuestro peor enemigo, porque es quien nos ha ocasionado esta situación”.

El síndrome de Estocolmo no se restringe solo a secuestros o asaltos, se puede extrapolar a situaciones más cotidianas en aquellas personas que, en un determinado momento, se pueden sentir emocionalmente secuestradas en ciertos casos de malos tratos. En estos casos, indica el psiquiatra, “la víctima solo piensa en ser aceptada por esa persona abusiva y corre como un animal detrás de la zanahoria”.

Edipo y Electra

Algunos síndromes y complejos que tienen que ver con una baja autoestima y una inadecuada dependencia afectiva toman su nombre de la mitología griega. Es el caso del complejo de *Edipo*, enunciado por Sigmund Freud en 1910, o, en su vertiente femenina, el complejo de *Electra*, acuñado por Carl Jung tres años después. En la leyenda, Edipo mata a su padre, Layo, para después casarse con su madre, Yocasta. Bien es cierto que, según la versión de Sófocles, Edipo actuó sin ser conocedor de que Layo y Yocasta eran sus padres. Electra, por

contra, era muy consciente de que Clitemnestra era su madre, cuando mandó matarla para vengar así el asesinato de su padre, Agamenón. Y es que el autor de la muerte de Agamenón había sido Egisto, que cometió el crimen con la anuencia de Clitemnestra.

El complejo de *Edipo* y el de *Electra* revelan una dependencia afectiva e incluso una atracción sexual hacia el progenitor del sexo opuesto y, por ende, una aversión hacia el del mismo sexo. Según Freud, esta atracción es normal entre los tres y los seis años y debe acabar entre los seis y los doce, durante el período de latencia, para dar paso a la sexualidad adulta.

Para José Miguel Gaona, esta atracción puede ser beneficiosa durante la infancia, pero “puede dar lugar a situaciones patológicas cuando esa etapa no acaba nunca. O cuando la madre o el padre favorecen este tipo de situaciones. Esto ocurre muy a menudo, en casos de mujeres separadas, cuando el hijo acaba adoptando el papel de pareja de su madre, por ejemplo en lo que respecta a sus responsabilidades”.

Pequeños prepotentes

Hay síndromes y complejos que han sido bautizados con el nombre de algún personaje histórico. Un ejemplo claro es el del síndrome o complejo de *Napoleón*, con el que se refiere la conducta de personas que tratan de compensar en exceso alguna debilidad, defecto o fragilidad, bien de su aspecto físico, bien de su personalidad. Otra vez aparece aquí la autoestima como elemento clave. El nombre viene de la creencia, bastante discutida por cierto, de que Napoleón Bonaparte sobrecompensaba su corta estatura buscando el poder, la guerra y la conquista.

Según Gaona, al margen de que el personaje histórico lo tuviera o no, el síndrome de Napoleón en su sentido amplio tiene bastante fundamento: “Todos tendemos a sobrecompensar de alguna manera las deficiencias de nuestra personalidad. Y, en ocasiones, para sentirnos más seguros, tendemos a tener más dominio de aquellos que creemos que pueden suponer una amenaza para nosotros”.

Por último, el autor de libros como *Al otro lado del túnel* o el ya citado *El síndrome de Eva* hace algunas consideraciones generales sobre todos estos síndromes y complejos: “Muchos de ellos no tienen ninguna base científica, son más bien expresiones populares. Ahora bien, el hecho de que no se encuentren en la gnoseología psiquiátrica no quiere decir que no tengan una traducción real en la vida. ¿Hasta qué punto pueden ser algo patológico? Pues hasta el punto de que impidan llevar una vida normal. Mientras la persona pueda convivir con ellos, no es candidata a tener tratamiento psiquiátrico”.

De cualquier modo, Gaona insiste en que la mejor prevención contra todos estos trastornos es cultivar un buen nivel de autoestima: “Como decía Oscar Wilde: ‘el amor a uno mismo es el principio de un largo romance’”.

Lenguas que enmudecen

Por Leonor Lozano

Cerca de 2.500 lenguas, casi la mitad de las que se hablan en la actualidad sobre la faz de la Tierra, desaparecerán antes de que termine el siglo XXI. La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) ha dado la voz de alarma: cada dos semanas muere un idioma. Dejan de hablarse, y sus pueblos enmudecen. Afortunadamente, no todo está aún perdido.

El *wintu* se habla en California. O se hablaba: quizás, en el tiempo que transcurre desde que escribo este reportaje hasta que llegue a ti, lector, haya perdido al único hablante que conservaba.

Lo mismo le ocurre al *siletz dee-ni*, una lengua indígena de Oregón; al *amurdak*, idioma aborigen del norte de Australia, y a tantas otras lenguas del mundo. Si los únicos hablantes que las conocen desaparecen, se extinguen.

La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) ha identificado 2.473 lenguas amenazadas en el mundo, casi la mitad de las cerca de 6.000 que se hablan en la actualidad. Probablemente, todas enmudezcan antes de que finalice el siglo XXI.

No salen las cuentas

Los 7.000 millones de habitantes de la Tierra hablamos unas 6.000 lenguas. Si el reparto fuera equitativo, cada una tendría más de un millón de usuarios.

Pero, de vuelta a la realidad, las cuentas no salen: casi la mitad de los hablantes del planeta emplean una de las diez lenguas mayoritarias. El *ranking* lo encabezan el chino, que, en todas sus variantes, suma más de 1.200 millones de usuarios; el español, con 329 millones de hablantes nativos, y el inglés, lengua materna de 328 millones de personas. Les siguen el árabe, el hindi, el bengalí, el portugués, el ruso, el japonés y el alemán.

La influencia de estas lenguas mayoritarias llega hasta las aldeas más remotas del planeta. En un mundo cada vez más globalizado, las lenguas que dominan el comercio mundial abocan a la extinción a las más minoritarias.

El Atlas de la Unesco

Pese a todo, la Unesco está convencida de que, afortunadamente, el proceso no es "inevitable ni irreversible". Considera que, mediante políticas lingüísticas bien planificadas, se puede reforzar el trabajo que ya hacen las comunidades de hablantes por mantener o revitalizar sus lenguas maternas y transmitir las a las generaciones más jóvenes.

Para ello, la Unesco ha puesto en marcha un programa específico de lenguas en peligro. Su objetivo es apoyar a las comunidades, a los expertos y a los

gobiernos de todo el mundo en la preservación de la diversidad lingüística del planeta.

Su herramienta más representativa es el *Atlas de las lenguas del mundo en peligro*. Además de poner sobre la mesa la necesidad de salvaguardarlas, esta publicación permite hacer un seguimiento de las tendencias de la diversidad lingüística a nivel mundial.

Se publicó por primera vez en el año 1996; está disponible en inglés, francés y castellano, y se puede acceder a él a través de la web de la Unesco (<http://www.unesco.org/new/es/culture/themes/endangered-languages/atlas-of-languages-in-danger/>).

Su última edición, que vio la luz en el año 2010, identifica un total de 2.473 lenguas amenazadas. De ellas, 146 tienen menos de 10 hablantes; 178, entre 10 y 50, y 577 perviven únicamente en los “abuelos” de los pueblos que antaño las hablaban. Otras 230 se han extinguido desde 1950.

Cinco niveles de amenaza

El *Atlas de las lenguas del mundo en peligro* establece cinco niveles para analizar el grado de amenaza de una lengua, en función de su uso intergeneracional.

El menos grave, el de las lenguas “vulnerables”, aglutina los idiomas de las comunidades que aún los enseñan a sus niños pero que los restringen a determinados ámbitos (como el hogar familiar, por ejemplo). Esta categoría se identifica con una lágrima de color blanco en el mapamundi de la Unesco.

Las lenguas “en peligro” (de color amarillo), son aquellas cuyos niños ya no las aprenden en el seno familiar como lengua materna. Las catalogadas como “seriamente en peligro” (de color naranja) son habladas únicamente por los “abuelos” de sus comunidades: los miembros de las generaciones parentales pueden comprenderlas, pero no las hablan entre sí, ni para comunicarse con sus hijos.

El cuarto nivel de amenaza, el de las lenguas “en situación crítica” (ya de color rojo), perviven únicamente en las viejas generaciones y éstas, además, las usan con escasa frecuencia. Y la última categoría, la más trágica, solo podía ser de color negro: engloba a las lenguas que ya no se hablan y que la Unesco ha declarado oficialmente como extintas.

España no se libra

Podemos hallar lenguas en peligro en todas las regiones del planeta, y en casi todos los países del mundo. Y España no es una excepción.

El euskera, con 660.000 hablantes, aparece en el *Atlas* en el menor de los cinco niveles de riesgo. Frente al catalán -la lengua minoritaria más fuerte de Europa- y el gallego -protegido por su proximidad al portugués-, la Unesco sitúa al euskera entre las lenguas “vulnerables”, porque su uso empieza a restringirse a determinados ámbitos.

Peor suerte corren el aragonés (que aún pervive en 10.000 hablantes), el asturleonés o bable (con 150.000 hablantes) y el gascón occitano o aranés, que se utiliza a ambos lados de los Pirineos y que cuenta con 250.000 usuarios (3.800 de ellos, españoles). Todas ellas se encuadran en el nivel amarillo, el de las lenguas “en peligro”, cuyos niños ya no las aprenden como lengua materna.

El archipiélago canario se esconde en el *Atlas* bajo una lágrima negra. Recuerda que en sus islas, una vez, se habló el guanche, lengua aborigen extinta desde el siglo XVI.

Más que simples diccionarios

“No habitamos un país, habitamos una lengua”. Con estas siete palabras, el escritor y filósofo rumano Emil Cioran resume a la perfección todo lo que perdemos cada vez que una lengua enmudece: conocimientos ancestrales, sistemas de valores y filosofías específicas. Cuando una lengua desaparece, desaparece toda una cultura.

Algunos términos, además, son intraducibles. Como muchos del *tuva*, lengua minoritaria que se habla en Rusia y que pervive en 235.000 personas. Sus hablantes, por ejemplo, “retroceden” cuando piensan en el *songgaar*, el futuro, y “avanzan” cuando miran a su pasado, el *burungaar*. Los *tuva* tienen toda la vida por detrás. Y podríamos intentar traducir la palabra *anayim*, apelativo cariñoso con el que se refieren a sus recién nacidos. En castellano se asemejaría a la expresión “mi cabritilla”, pero nos estaríamos dejando matices en el intento.

El periodista canadiense Mark Abley ha recorrido medio mundo en busca de lenguas en peligro de extinción. Da cuenta de su odisea lingüística en *Aquí se habla*, libro en el que urge a protegerlas. *CONOCER* le ha preguntado al respecto.

“Cuando una lengua muere, perdemos mucho más que simple vocabulario: desaparece un modo concreto de ver y entender el mundo. Fuera de Internet y de las grandes corporaciones, las lenguas minoritarias nos recuerdan que hay otras formas de sentir y entender la vida”, sentencia el canadiense.

Llegados a este punto, cabe preguntarse: ¿podemos hacer algo para salvar una lengua? La Unesco asegura que sí: “Lo mejor que podemos hacer es crear las condiciones propicias para que sus hablantes la sigan usando y la enseñen a sus hijos”.

Parece fácil, pero no lo es. La creación de esas “condiciones propicias” exige políticas drásticas, como fomentar la enseñanza en lengua materna desde los sistemas educativos. Lo fundamental, sin embargo, es la actitud de los propios hablantes: si perciben la utilización de su lengua solo como una obligación, y no como una ventaja, será difícil que sobrevivan.

Libros

La vida era eso

Carmen Amoraga

Ediciones Destino

320 páginas

ISBN: 978-84-23-34798-8

La muerte de William deja a su mujer, Giuliana, devastada y sola con dos hijas pequeñas. Su ausencia pone a prueba su capacidad de resistencia, hasta que descubre la intensa red de relaciones que le ha legado su marido y que le enseñará, gracias al apoyo de los demás, que aprender a perder es aprender a vivir.

A través de conversaciones, recuerdos, comentarios espontáneos en las redes sociales, escenas cotidianas y un cicatrizante sentido del humor, Carmen Amoraga construye *La vida era eso* -ganadora del Premio Nadal de Novela 2014-, una obra íntima y universal sobre el amor y la pérdida, el valor de lo vivido y de lo que está por vivir.

Las tres bodas de Manolita

Almudena Grandes

Tusquets Editores

768 páginas

ISBN: 978-84-8383-845-7

En un Madrid devastado, recién salido de la guerra civil, sobrevivir es un duro oficio cotidiano. Especialmente para Manolita, una joven de 18 años que, con su padre y su madrastra encarcelados y su hermano Antonio escondido en un tablao flamenco, tiene que hacerse cargo de su hermana Isabel y de otros tres más pequeños.

A Antonio se le ocurrirá una manera desesperada de prolongar la resistencia en los años más terribles de la represión: utilizar unas multicopistas que nadie sabe poner en marcha para la propaganda clandestina. Y querrá que Manolita visite a un preso que puede darles la clave de su funcionamiento. Ella no sabe que ese muchacho tímido y sin aparente atractivo va a ser un hombre determinante en su vida, y querrá visitarlo de nuevo en el destacamento penitenciario de El Valle de los Caídos. Antes tendrá que identificar al delator que merodea por el barrio.

Saramago por José Saramago

José Saramago/edición de Joan Morales Alcudia

Editorial El Páramo

352 páginas

ISBN: 978-84-92904-51-8

José Saramago nos dejó un legado literario imponente. Y ahora reaparece en este volumen para contarnos qué es aquello que sucede en cada una de sus obras, qué esconden sus personajes, qué temas transitan a lo largo de su vida y cómo surgen los títulos de sus creaciones.

Editado por Joan Morales Alcudia, en *Saramago por José Saramago* el portugués se sitúa frente al lector para desvelar los secretos que esconden sus

páginas. Un libro necesario para entender el trabajo de uno de los autores más universales y comprometidos.

Maestros del celuloide

John Ford: la fuerza de la mirada

Por Javier Cuenca

“Me llamo John Ford y hago películas del oeste”. Con esta brevedad y contundencia se definía el autor de obras maestras del cine como *Centauros del desierto* o *El hombre tranquilo*. Y si bien es cierto que Ford elevó el *western* a la categoría más alta, también lo es que su mirada se posó sobre otros géneros cinematográficos con la misma morosidad para rodar películas inmensas e igualmente grandiosas. Desde *Las uvas de la ira* hasta *Hombres intrépidos*, pasando por *¡Qué verde era mi valle!* y *La taberna del irlandés*.

John Ford, cuyo verdadero nombre era John Martin Feeney, nació en el Estado de Maine el 1 de febrero de 1894, en el seno de una familia de emigrantes irlandeses, circunstancia que marcaría decisivamente el argumento y ambiente de algunas de sus películas. Sus primeros contactos con el trabajo cinematográfico se los brindó su hermano Frank, quien había logrado introducirse en la naciente industria fílmica. John trabajó para él como regidor, doble de acción, *atrezzista*, asistente y actor. También participó como extra en *El nacimiento de una nación*, de David W. Griffith, lo que le permitió conocer la forma de trabajar de este cineasta, por el que siempre mostró un gran respeto.

Parece que su primera película como director es *The tornado* (1917), un breve *western* protagonizado por su hermano Frank. Existen dudas sobre si el film realmente lo dirigió Ford o solamente se limitó a ayudar a su hermano asumiendo cada vez más responsabilidades. En cualquier caso, durante la época muda, el autor de *La diligencia* rodó 62 películas, de las que solo se conservan alrededor de una veintena. Su mayor producción de esos años fue *El caballo de hierro* (1924), un *western* de tono épico que narra en clave de epopeya la construcción del ferrocarril Transcontinental por las compañías Union Pacific y Central Pacific entre 1863 y 1869, trama salpicada por una historia de amor. La película fue un éxito de taquilla que permitió recuperar con creces la elevada inversión que se había realizado.

Pero de la etapa silente de Ford los críticos destacan especialmente *Tres hombres malos* (1926), película basada en un hecho histórico y que narra la historia de tres bandidos de buen corazón que deciden defender a una joven huérfana y enfrentarse a un tiránico *sheriff*. Este film, que supone un anticipo del *western* crepuscular, no funcionó bien en taquilla a pesar de pertenecer al género con el que Ford se había iniciado en el cine y conseguido su mayor éxito. Sin embargo, recuperaría prestigio comercial con el drama bélico *Cuatro hijos* (1928), respaldado por el público y alabado por la crítica a partes iguales. La película aborda temas recurrentes de la filmografía del cineasta, como la guerra, la nostalgia de la patria perdida y la emigración.

Salto al sonoro

Aunque su primer contacto con el cine hablado fue la sucinta *El barbero de Napoleón*, recreación de una anécdota ficticia del emperador francés, su primer título destacable de esta época es *El doctor Arrowsmith*, en el que, además, trabajaba por primera vez con el productor Samuel Goldwyn tras romper con la Fox. La película fue recompensada con cuatro nominaciones a los Oscar y tuvo otro tipo de consecuencias ajenas a las cinematográficas, ya que Ford incumplió el contrato con Goldwyn que le prohibía beber durante el rodaje y fue sancionado. Además, Fox rescindió el contrato de exclusividad que tenía con él.

En 1934 rueda *El juez Priest*, que supone una nueva colaboración con el guionista Dudley Nichols, con quien ya había trabajado en varias películas y que sería clave en la filmografía del cineasta. Este film, que conocería un *remake* en los años 50 dirigido por el propio Ford y que es uno de sus preferidos, nos presenta a un magistrado viudo, habitante de una región sureña, que habrá de enfrentarse al caso más difícil de su carrera al tiempo que hace de casamentero de su sobrino. A partir de 1934 empezará a participar económicamente en sus películas y se comprará un yate, al que bautiza con el nombre de *L'Araner* en homenaje a Irlanda. Y precisamente en este país europeo, cuna de sus padres, se desarrolla la trama de otra de sus películas importantes de la década de los 30, *El delator*, inspirada en el expresionismo y que le granjearía su primer Oscar como director.

En 1937 se alista en el Comité Cinematográfico de Ayuda a la República Española para apoyar a los republicanos combatientes en la Guerra Civil. El cineasta se encargó personalmente de enviar una ambulancia con las Brigadas Internacionales. También se implica en la lucha contra el nazismo.

Regreso al western

La diligencia (1939) supone la vuelta de Ford al género del oeste. Además de ser el primer papel protagonista de John Wayne, con quien ya había colaborado anteriormente y que participaría en varias de sus mejores películas, el film optó a ocho Oscars y hay quien lo considera el mejor *western* de todos los tiempos. A partir de *El joven Lincoln*, rodada el mismo año que la anterior, iniciará la colaboración con el actor Henry Fonda, quien también aparecerá en *Corazones indomables* (1939) y en *Las uvas de la ira* (1940), adaptación de la novela de John Steinbeck con la que ganó su segundo Oscar como director. *¡Qué verde era mi valle!* (1941) obtuvo cinco Oscars, entre ellos uno nuevo para Ford como mejor director, imponiéndose sobre la mismísima *Ciudadano Kane*, de Orson Welles. La película retrata de manera poética y excepcional la vida de una familia minera de Gales vista por un niño.

A principios de 1942, Ford acudió al Frente del Pacífico a fin de realizar para la Marina varios documentales por los que volvió a ser premiado en los Oscar. Además, cubrió diversos acontecimientos del conflicto como el desembarco de Normandía. Y sobre esta contienda trata *They were expendable* (1945), rodada para la Metro Goldwyn Mayer y en la que cuenta de nuevo con John Wayne

como protagonista. Regresa a su querido Monument Valley, escenario de la mayoría de sus *westerns*, para rodar *Pasión de los fuertes* (1946), en la que recupera a Henry Fonda y que cuenta el famoso duelo del OK Corral. Repetirá con Fonda en *El fugitivo* (1947), en la que adapta la novela de Graham Greene sobre las andanzas de un sacerdote en la Revolución Mexicana.

Tras la llamada Trilogía de la Caballería, integrada por *Fort Apache* (1948), *La legión invencible* (1949) y *Río Grande* (1950), prodigio de poesía filmada sobre la guerra contra los indios, Ford rodará la que es sin duda una de sus mejores películas, *El hombre tranquilo* (1952). Protagonizada por su actor fetiche, John Wayne, el film cuenta la historia de Sean Thornton, un boxeador norteamericano que regresa a su Irlanda natal para recuperar su granja y huir de su pasado. Allí se enamora de una muchacha, aunque para conseguirla tendrá que luchar contra las costumbres locales. Íntima, intensa, seca a veces, *El hombre tranquilo* es un viaje a las raíces del sentimiento repleto de personajes inolvidables. También es un canto a las propias raíces de Ford, a la tierra de sus progenitores. La película obtuvo siete nominaciones a los Oscar y consiguió dos, uno de ellos nuevamente para su director.

En 1953 filma *Mogambo*, con Clark Gable, Ava Gardner y Grace Kelly, una historia de aventuras y amor en África, y en 1956 llega otra de sus obras maestras, *Centauros del desierto*, un film que rompe las fronteras del *western* para adentrarse en el retrato de un hombre desarraigado, Ethan Edwards, magistralmente interpretado por John Wayne, que acude a territorio indio para rescatar a su sobrina. Una historia de dimensiones shakespearianas cuyos planos finales han sido alabados por cineastas como Jean-Luc Godard y reverenciada por cineastas como Steven Spielberg o Martin Scorsese, quienes han confesado revisitarla cada vez que afrontan el rodaje de una nueva película.

El hombre que mató a Liberty Valance (1962) es una de sus últimas grandes películas: un *western* de tono crepuscular narrado prácticamente en *flash-back*, donde un anciano senador del Congreso estadounidense (James Stewart) relata a un periodista la verdadera historia de por qué ha viajado junto a su esposa para acudir al funeral de un viejo amigo, Tom Doniphon (John Wayne). Una obra memorable que, según el crítico Miguel Ángel Palomo, “revolucionó el género mediante la transgresión de sus propios códigos”. La última película de Ford antes de retirarse del cine fue *Siete mujeres* (1963), un drama ambientado en el verano de 1935, en la frontera entre China y Mongolia, que tiene como protagonistas a los miembros de una Misión americana. Un cáncer de estómago acabaría con la vida del cineasta el 31 de agosto de 1973.

La polémica

No ha faltado quien tilde a Ford de racista, fascista y militarista, pero lo cierto es que el autor de *Centauros del desierto* era demócrata y admiraba a los presidentes Lincoln y Kennedy. En una ocasión dijo sobre los indios: “Nosotros les robamos, les matamos y les masacramos. Pero ellos matan a un hombre blanco y... ¡Dios mío! Enviamos a las tropas”. Así era el maestro.

Efemérides

La pirámide del Louvre cumple 25 años

El 29 de marzo de 1989, hace 25 años, el presidente francés François Mitterrand inauguraba la pirámide de vidrio y aluminio que da acceso al Museo del Louvre, en París.

Diseñado por el arquitecto chino Li Pei, el poliedro está compuesto por un total de 673 paneles de vidrio transparente. Supera los 20 metros de altura, los 34 de anchura y pesa casi 200 toneladas, y la inclinación de sus paredes, al igual que ocurre con las pirámides egipcias, es de 51 grados.

Pero la construcción de esta pirámide, que hoy atrae a tantos turistas como la mismísima *Gioconda*, no estuvo entonces exenta de polémica: Mitterrand estaba instalando una obra vanguardista en el corazón del antiguo palacio real, fundado en el siglo XIV por Carlos V el Sabio. Además, los planes del presidente socialista incluían la creación de una galería comercial y de enormes salones subterráneos, que costaron alrededor de 2.000 millones de francos (unos 240 millones de euros).

Creado en 1793, poco después de la Revolución Francesa, el Museo del Louvre alberga extensas colecciones de civilizaciones antiguas y recorre la historia del arte occidental, desde la Edad Media hasta el siglo XIX, mediante la exposición de más 35.000 obras.

HASTA EL PRÓXIMO NÚMERO...

Aquí termina la revista CONOCER. Ya estamos preparando la siguiente, en la que te pondremos al día de la actualidad nacional, internacional y cultural. Y ya sabes que puedes proponernos temas que sean de tu interés, enviarnos tus comentarios, dudas y sugerencias.

PUEDES ESCRIBIRNOS:

-A través de correo electrónico a la dirección: publicaciones@servimedia.es

-En tinta o en braille, a la siguiente dirección postal:

Revista Conocer
Servimedia
C/ Almansa, 66
28039 Madrid

